



## El tango.

Es en un barrio lejano, sórdido y casi desierto. En el suelo, lleno de agua, las raras luces del alumbrado público se reflejan con livideces espectrales. Por la acera, verdadera «vereda», marchamos á saltos sobre los charcos los tres invitados del hombre que mejor conoce los arrabales porteños. Delante, haciendo nobles discursos sobre la música popular, va Blasco Ibáñez. Detrás de él, callado y nervioso, camina Emilio Thuillier. Yo trato de no abandonar á nuestro gentil *cicerone*.

—Claro que no será como lo que usted ha visto en París — exclama éste —. Para eso hay que ir á los *cabarets* del centro, donde las muchachas de Francia...

Mas no son muchachas de Francia, no, ni tampoco gracias afinadas y estilizadas lo que yo deseo ver, sino flores naturales del fango porteño y ondulaciones orilleras.

—Eso verá—murmura.

Luego, excusándose:

—Sólo que va usted á notar la diferencia... Aquí se baila sin arte... El tango, tal cual los europeos lo han transformado, es una danza mucho más elegante que la de nuestros compadritos. Lo que yo quiero enseñarle ahora es una cosa muy ordinaria... Ya ve usted el barrio...

Más que ordinario resulta el antro en el cual acabamos de penetrar. Es una vasta sala sin ningún adorno, sin papel siquiera en las paredes y apenas iluminada por unos cuantos mecheros de gas. En el fondo, en una especie de jaula de madera, seis músicos preparan sus instrumentos. Amontonados alrededor de unas cuantas mesas sucias, un centenar de parroquianos beben, charlan, ríen. Al principio es difícil darse cuenta del aspecto de la gente. Los hombres, delgados y jóvenes en general, con sus sombreros hongos y sus cabellos largos por detrás, parecen responder á lo que se llama el tipo del «com-

padrito». Las mujeres forman una humanidad más heterogénea. Las hay que resultan verdaderas niñas, con sus grandes ojos cándidos muy abiertos en sus rostros sonrosados, y las hay que tienen caras de abuelas, de tal modo la edad está marcada en las arrugas de sus mejillas. Pero las más inquietantes—y las más interesantes también—no son ni éstas ni aquéllas, sino las muchachas delgadas, pálidas, ojeras y serpentinadas, que, con una sonrisa uniforme, miran á todo el que entra de una manera espectral y provocante.

—Curioso—murmura Thuillier.

—¡Estupendo!—exclama Blasco Ibáñez.

Nuestro guía me lleva hacia la jaula de los músicos para ofrecerme una silla y para pedir un tango.

—Estas creaturas—me dice—son, moral y materialmente, lo más bajo que hay en Buenos Aires. Para descubrirlas es preciso venir hasta aquí, hasta las orillas del río. Fíjese usted en sus trajes, y notará lo poco que las infelices saben de lujo y de modas.

Los harapos vistosos de las pecadoras son, en efecto, tan variados como sus tipos. Hay mujeres gordas y maduras que ostentan con

orgullo trajes de Claudinas, dejando descubiertas las redondas pantorrillas con un aire que quiere ser infantil y que no es sino infame. Las hay también jóvenes, muy pintadas y muy coquetas, que realizan el triste milagro de parecer elegantes con trapos de hace diez años. Y las hay ingenuas y gentiles que unen un corpiño de baile á una falda *tailleur*. Y las hay que, renunciando á toda lucha, proclaman, con su lamentable abandono, la miseria de las súpremas derrotas.

—Mi *cicerone* comienza á indicarme á algunas que fueron en otro tiempo estrellas galantes.

—Aquí—me dice—se vive más de prisa que en Europa... La belleza dura menos... La fortuna...

Los preludios de la orquesta le obligan á callar. De los violines humildes brota, con sus languideces ponderadas y sutiles, el ritmo delicioso del tango. Es el mismo que he oído en todo el mundo, á todas horas; es el tango clásico, el más conocido de la gente, el que hasta los organillos de Oriente saben ya tocar. Pero, lejos de quejarme de no escuchar algo nuevo, me alegro de que sea con tales notas, que son las mismas que sirven

á las lindas parisienses en sus fiestas, con las que vamos, al fin, á ver el baile porteño en su manifestación más castiza y más arrabalera.

Ahí viene, lenta y comedida, una pareja... Luego otra, que parece seguir á la primera... Luego otras, no muchas: diez ó doce... Y pasan ante mi observatorio sin prisa, sin violencia, casi sin entusiasmo, contando, sin duda, los pasos, preparándose para los cortes, cuidándose de no equivocarse... Y poco á poco la atmósfera se anima, no con la vida ardiente de los antros de la Bombilla madrileña, donde las parejas se ciñen en abrazos apretados, sino con la fiebre artificiosa y algo teatral de los «tés» parisinos. Porque, á pesar de lo que dicen casi todos, el baile es el mismo aquí, en su cuna de cieno, que en los palacios áureos á los cuales ha sido trasplantado por la moda europea.

Viendo pasar y repasar las parejas, yo me pregunto cuáles pueden ser las razones para que esta danza haya provocado, no sólo los anatemas de los obispos, sino también el entredicho de la sociedad porteña.

—¡Oh!... ¡El tango!—exclaman las da-

mas de Buenos Aires, como si se tratara de una cosa monstruosa.

Y cuando alguien dice que en una Embajada argentina se ha tanguéado alguna noche, su excelencia el señor embajador hace cablegrafiar al Gobierno y á la Prensa de su país protestando contra tal calumnia.

«Eso mancha la reputación de nuestras damas», ha escrito uno de los espíritus más distinguidos del país.

¿Eso?... Al contrario. Eso, en el *bouge* donde antes no veíamos sino miseria y vicio, crispación y sordidez, ha creado, en el acto, con la magia de su ritmo pausado y señorial, que parece alargar las siluetas y afinar los talles, una atmósfera de fiesta galante, mundana y comedida. No reconozco, en efecto, en estas parejas ni á los compadritos del hongo sobre la oreja ni á las tristes pecadoras de los harapos disparatados. Sin enlazarse, casi sin tocarse, mirando más sus pasos que sus rostros, sonríen con una sonrisa grave, igual en todos los labios, y ondulan en pasos complicados, como si estuvieran celebrando un rito de ceremonias armonías. ¿Dónde está el pecado, dónde está la perversidad, dónde está la lascivia en esta

danza? Es más: ¿dónde está el voluptuoso abandono de casi todos los vales vieneses?

El tango...

Hay, sin duda, un tango terrible y magnífico que es, no sólo la pantomima del amor, cual otros muchos bailes, sino la imagen palpitante del espasmo. Es el tango español, hecho de sobresaltos, de temblores, de crispaciones y de agonías voluptuosas. Pocas noches ha, en pleno centro de Buenos Aires, en un teatro de los más elegantes, ante una concurrencia distinguidísima, vi á una muchacha de Sevilla que bailaba tangos flamencos. Era un bello espectáculo, seguramente, ante el cual, sin darse cuenta de ello, la asistencia embriagábase de voluptuosidad.

—¡Viva tu madre!—le gritaban los galanes sencillos de las galerías.

Y oyendo la exclamación tan española, yo pensaba que aquella chica, casi anónima, podía muy bien ser una hija de la Puga, fina y desnuda, á quien Barrés consagró uno de sus madrigales gaditanos. ¡Ah, sí! En su menuda persona palpitaba todo el instinto sagrado del amor puro y salvaje, y su belleza anillosa, estremeciéndose á impulso de un instinto indomable, ponía, cual una hos-

tia púrpura, en los labios de sus admiradores de una noche, la sublime sensación de lo que no cambia nunca: del deseo, del placer, del vértigo...

Pero á no ser el nombre, ¿qué tiene de común el tango andaluz, bárbaro, sublime y patético, con su hermano el tango argentino, fino, felino y cortesano?...

El baile que veo esta noche en este *bouge* de Buenos Aires, y que es el mismo que he visto antes en los salones parisienses, lejos de encarnar el triunfo religioso de la santa, sana y fuerte Venus popular, personifica el estudio, el dominio de sí mismo, la aplicación sabia y el artificio refinado. No hay en él ni una nota, ni un ritmo, ni un paso, ni un gesto, ni una actitud, que sean naturales, que sean francos, que hayan nacido de la tierra cubierta de sudor amoroso, cual una flor silvestre. Ya la sola indicación de que, según la frase técnica, se trata «de una danza á contratiempo», indica su carácter afectado y docto. Pero esto no es todo. Cada detalle, cada movimiento, cada figura, cada ondulación, cada balanceo, son de una sabiduría afectadísima.

¿Es verdad que esta danza es la que bai-

lan los ganaderos en la pampa y los marineros en los lupanares de los puertos más alejados de Buenos Aires? La gente lo cree porque los periódicos lo dicen. Pero yo no puedo, lógicamente, aceptarlo. El pueblo del campo y la plebe de las provincias, no tienen tiempo para aprender danzas complicadas. Más que de suburbios, por lo demás, el tango parece salir de algún hotel de Rambouillet del arte coreográfico, de tal modo su conjunto es un dechado de suaves *preciosités* y de elegantes complicaciones. En nuestro siglo, positivo y breve, hasta algo anacrónico resulta con sus treinta y dos figuras ó pasos diferentes. Viéndolo bien, sin prevenciones, uno se dice:

—Este baile es un hermano de aquellas lánguidas pавanas y de aquellos ceremoniosos minués del siglo XVIII. Es un baile de corte...

Una anécdota hace ver las dificultades del tango, al mismo tiempo que su pureza. Cuando Richepin comenzó á escribir su *Tango*, las dos actrices que debían representar los principales papeles, mademoiselle Lavallière y mademoiselle Spinelly, se pusieron á aprender el nuevo baile. La noche de la *première*,

no obstante, algunos espectadores entendidos en la materia notaron que lo que las dos lindas parisienses bailaban no era el tango. Interrogada por *Le Matin*, mademoiselle Lavalliére contestó:

—Es cierto; lo que bailamos es una especie de *matchicha*...; el tango es demasiado difícil de aprenderse en unas cuantas semanas... Y, además, no es bastante voluptuoso...

Cierto. El tango argentino, tal cual en París se practica, es una danza lenta, elegante, distinguida, aristocrática, casta y complicada. Las parejas van contando los pasos con un cuidado extraordinario. El menor error, y todo está perdido. Cada gesto corresponde á una regla severa é invariable. Y no hay uno solo de sus movimientos, así, ni uno solo, que la más pura señorita no pueda ejecutar.

Pero lo extraño, lo inexplicable, es que el tango que esta noche veo en este bajo y vil *bouge* de Buenos Aires no se diferencia del tango parisiense en ningún detalle esencial. Las bailadoras de Luna-Park son, de fijo, más hermosas, más lujosas, más graciosas y más airosas que las de aquí. El baile es el mismo. ¿Consistirá tal fenómeno en que la

influencia del refinamiento parisiense ha llegado ya hasta tan miserable y lejano arrabal?...

Lo ignoro.

Nuestro guía, no obstante, sigue convencido de que acaba de hacernos ver un espectáculo vulgarísimo, y se excusa diciéndonos de nuevo:

—Esto no es París...

Y cuando le aseguro que no veo diferencia entre el tango denigrado de la Boca y el adorado tango de Montmartre ó de los Campos Elíseos, exclama:

—¡Parece mentira! No ve usted que esta es una danza de lo más grosero, de lo más plebeyo... (1).

—Lo que parece mentira—le contesto—es que sea una danza popular, cuando parece hecha para ceremonias cortesanas...

(1) A última hora encuentro, en un artículo injusto de Leopoldo Lugones, una frase justa. Hela aquí, fechada en París y escrita en francés: «Seulement le tango, j'y insiste, se danse ici comme là-bas.» Es cierto... Y aquí y allá es delicioso, querido y gran poeta.